



VENID A ADORARLE

JUNIO 2016



MISIÓN MADRID

Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro incienso al Sacramento.

1. Canto para la Exposición

*Cerca de Ti, Señor, yo quiero estar,
Tu grande eterno amor, quiero gozar.
Llena mi pobre ser, limpia mi corazón,
hazme tu rostro ver, en la aflicción.*

*Mi pobre corazón, inquieto está,
por esta vida, voy buscando paz.
Mas sólo Tú, Señor, la paz me puedes dar.
Cerca de Ti, Señor, yo quiero estar.*

*Pasos inciertos doy, el sol se va;
mas, si contigo estoy, no temo ya.
Himnos de gratitud, alegre cantaré,
y fiel a Ti, Señor, siempre seré.*

*Día feliz veré, creyendo en Ti,
en que yo habitaré, cerca de Ti.
Mi voz alabará, tu Santo nombre allí,
y mi alma gozará, cerca de Ti.*

2. Lectura de un texto bíblico

Del evangelio según san Lucas

Lc 9,51-62

Quando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él. Puestos en camino, entraron en una aldea de samaritanos para hacer los preparativos. Pero no lo recibieron, porque su aspecto era el de uno que caminaba hacia Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que acabe con ellos?». Él se volvió y los regañó. Y se encaminaron hacia otra aldea. Mientras iban de camino, le dijo uno: «Te seguiré adondequiera que vayas». Jesús le respondió: «Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». A otro le dijo: «Sígueme». Él respondió: «Señor, déjame primero ir a enterrar a mi padre». Le contestó: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios». Otro le dijo: «Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de los de mi casa». Jesús le contestó: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios».

3. Oración en silencio

4. Canto

<i>¡Qué alegría cuando me dijeron: "Vamos a la casa del Señor!" Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén.</i>	<i>¡Qué alegría cuando me dijeron: "Vamos a la casa del Señor!" Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén.</i>
Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta. Allá suben las tribus, las tribus del Señor.	Desead la paz a Jerusalén: "Vivan seguros los que te aman, haya paz dentro de tus muros, en tus palacios seguridad".
<i>¡Qué alegría cuando me dijeron: "Vamos a la casa del Señor!" Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén.</i>	<i>¡Qué alegría cuando me dijeron: "Vamos a la casa del Señor!" Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén.</i>
Según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor. En ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David.	Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: "La paz contigo". Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien.

5. Lectura de un texto del Magisterio de la Iglesia

De la Bula de indicción del Año de la Misericordia, *Misericordiae Vultus*, del Papa Francisco (MV 14)

La peregrinación es un signo peculiar en el Año Santo, porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida es una peregrinación y el ser humano es viator, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros.

El Señor Jesús indica las etapas de la peregrinación mediante la cual es posible alcanzar esta meta: « No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebotante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis » (Lc 6,37-38). Dice, ante todo, no juzgar y no condenar. Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el

interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia. Jesús pide también perdonar y dar. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad.

Así entonces, misericordiosos como el Padre es el “lema” del Año Santo. En la misericordia tenemos la prueba de cómo Dios ama. Él da todo sí mismo, por siempre, gratuitamente y sin pedir nada a cambio. Viene en nuestra ayuda cuando lo invocamos. Es bello que la oración cotidiana de la Iglesia inicie con estas palabras: « Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme » (Sal 70,2). El auxilio que invocamos es ya el primer paso de la misericordia de Dios hacia nosotros. Él viene a salvarnos de la condición de debilidad en la que vivimos. Y su auxilio consiste en permitirnos captar su presencia y cercanía. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos.

6. Oración en silencio

7. Preces

Invoquemos a Cristo, luz del mundo y alegría de todo ser viviente, y digámosle confiados: **Concédenos, Señor, la salud y la paz**

- Luz indeficiente y Palabra eterna del Padre, que has venido a salvar a todos los hombres, ilumina a los catecúmenos de la Iglesia con la luz de tu verdad.
- No llesves cuenta de nuestros delitos, Señor, pues de ti procede el perdón.
- Señor, que has querido que la inteligencia del hombre investigara los secretos de la naturaleza, haz que la ciencia y las artes contribuyan a tu gloria y al bienestar de todos los hombres.
- Protege, Señor, a los que se han consagrado en el mundo al servicio de sus hermanos; que, con libertad de espíritu y sin desánimos, puedan realizar su ideal.
- Señor, que abres y nadie cierra, lleva a tu luz a los que han muerto con la esperanza de la resurrección.

Padre nuestro

Escucha, Señor, nuestras súplicas
y asiste benigno a tu familia;
aunque el peso de nuestras culpas nos aleja de ti,
que tu amor no abandone
a los que has redimido y hecho tuyos.
Haznos conocer el anuncio del Evangelio
y alcanzar la vida eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Al acabar la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, y se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado incienso al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

8. Canto eucarístico

Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor.
Dios está aquí,
venid adoradores,
adoremos a Cristo Redentor.
Gloria a Cristo Jesús, cielos y tierra bendecid al Señor:
honor y gloria a Ti, Rey de la gloria;
amor por siempre a Ti, Dios del Amor.

9. Oración

Oremos. Concédenos, Señor y Dios nuestro,
a los que creemos y proclamamos
que Jesucristo,
el mismo que por nosotros
nació de la Virgen María
y murió en la cruz,
está presente en el Sacramento,
bebamos de esta divina fuente
el don de la salvación eterna.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

10. Bendición y reserva

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.

11. Aclamación

¡Oh, Señor, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben!